



ANTONIO NARVAEZ Y ROSAURA.

PRIMERA PARTE.

De los amorosos lances y particulares sucesos que acaecieron á una hermosa dama llamada Rosaura, y á su amante D. Antonio Narvaez, natural de Córdoba: dáse cuenta del modo con que se descubrió á la dama en Sierra-Morena, que la guardaba un Oso, y como dicho caballero lo mató; con todo lo demás que verá el curioso lector.

A olvidar vanas memorias,
á divertir pensamientos,
á dar principio á mis áncias,
(esta es la verdad, y lo siento.)
Salí pues, una mañana,
cuando Abril de flores lleno,
consuela con sus fragancias
los valles, montes y cerros:
alegre me divertia
en la maleza y saliendo
dándole vista á unos montes
donde pasa un arroyuelo,
que en derretidos cristales
sirve á una selva de espejo:
y mirando sus corrientes
en una sombra me siento:
y al cabo de breve rato
que estaba sentado, veo
que bajaba por el agua
un güante, el que yo de presto
lo saqué de la corriente,
y sacudiéndolo, veo

4

que estaba todo bordado
de letras de oro fino y terso,
y unas letras que decian:
soy de la hija de Venus.
Confuso quedé al mirarlo,
y discurriendo que el dueño
mas arriba quedaría,
y que era mujer de cierto,
sigo la fresca corriente;
donde á pocos pasos veo
que entretenida la dama
estaba con un pañuelo,
mojándolo en la corriente.
Helado quedé y suspenso
al ver tan rara belleza
sola en aquellos desiertos:
ocultéme entre unos ramos,
cuando vide, por lo menos,
que era la dama de prendas,
y á medio ceñir el cuerpo
tenia una mantelina
de muy rico terciopelo,
y una capa piés de damasco,
y de plumaje un sombrero.
Levántase en pié la dama
dió una vuelta y echó menos
el guante que ella tenia;
siguió la márgen de presto,
y llegando junto á mí,
yo salgo de entre lo espeso;
helada quedó de verme:
y dice: ¡Válgame el Cielo!
Si acaso habrá quien me ampare,
hágalo usted, caballero.
Yo la dije, hermosa dama,
encanto de estos desiertos,
pasmo de estas soledades,
y de estas selvas lucero,
¿que haces sola en este sitio?
Y me dijo: caballero,
siéntate y te contaré
mi tragedia en breve tiempo,
porque estais en gran peligro.
Y te digo lo primero,
como en Córdoba nací:
y es mi padre un caballero
tan noble, pues que posee
la encomienda de Carrero.
Tiene mi padre una quinta,
cuatro leguas poco menos
de Córdoba, en unos montes,
y situada en lo espeso
de la gran Sierra-Morena,
que éste es mi comun paseo.
Saliendo, pues, una tarde
alegre á tomar el fresco,
y llevando dos criados
llegamos en breve tiempo
no muy lejos de la quinta,
cuando de repente vemos
que estaba junto á nosotros
un bravo animal sangriento,
un oso, cuya braveza
causaban temor el verlo.
Los tres caimos en tierra,
y cuando volvi en mi acuerdo
me hallé en estas espesuras
sin que tuviese remedio,
y para que me alimente
me trae líquidos y tersos,
panales de miel y cera,
y con ellos me alimento.
Estos es lo que me sucede;
y ahora por Dios te ruego
que te apartes del peligro:
porque si viene el sangriento
bruto, y contigo me haya,
te dará la muerte luego:
vé á mi casa y á mis padres
dí el referido suceso.
Yo le dije: hermosa dama:
¿qué bruto ni qué soberbio
animal será bastante
á librarse del incendio